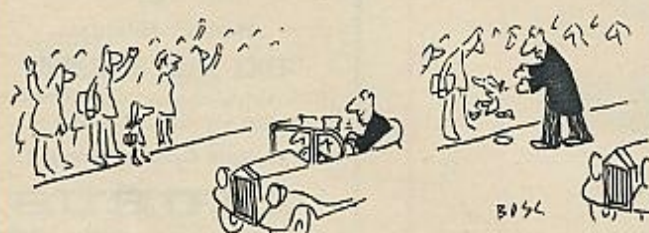
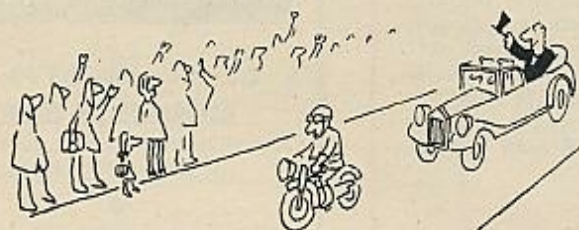


BOSC



POR ENCIMA DEL

En Varsovia, americanos y chinos han decidido tímidamente estrecharse la mano...

El 20 de enero se reanudaron —en Varsovia— las conversaciones, interrumpidas hace dos años, entre los representantes de Estados Unidos y los de la China Popular. El presidente Nixon había hecho saber, a principios del año pasado, que deseaba reanudar el diálogo chino-americano, pero una serie de equivocaciones de los «servicios» americanos llevó a los chinos a anular un primer encuentro en Varsovia.

Desde entonces, el Gobierno americano ha dado a Pekín pruebas de su buena voluntad, al eliminar cierto número de secuelas de la política obstruccionista concebida por Dean Acheson, y continuada por Foster Dulles y Dean Rusk. Los turistas americanos podrán comprar, en adelante, en Hong-Kong, «souvenirs» «made in China»; las firmas americanas podrán comerciar con China y los pasaportes americanos no llevarán en una de sus páginas la observación «no válido para China».

Una amistad traicionada

La escala de Nixon en Bucarest durante su periplo alrededor del mundo parece ser que la «entendieron» en Pekín, y los dirigentes chinos han podido constatar que Spiro Agnew no había concedido a Chiang-Kai-Chek, en noviembre pasado, más que treinta y cuatro cazabombarderos «F-100» (que la aviación americana ha dejado de utilizar hace ya más de diez años) en lugar de los «Phantom» solicitados. La próxima retirada de las armas nucleares de Okinawa (que será devuelto al Japón en 1972), la desescalada, aunque demasiado lenta, en el Vietnam, la «política de descompromiso» anunciada en Guam: signos todos ellos que habrán sido captados en Pekín.

Estas «aperturas» son tanto más notables cuanto que la política americana hacia China llevaba más de veinte años «congelada». Sus objetivos, puramente negativos, podían resumirse en dos palabras: «obstrucción» y «aislamiento». La hostilidad americana hacia la revolución china provenía en parte del sentimiento de una «amistad traicionada». De hecho, desde el establecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países, en 1784, los americanos han llevado a cabo, en China, una política tan interesante como la de las potencias europeas.

China, que representaba, sobre

todo, un vasto mercado para sus excedentes agrícolas, vio cómo llegaba también a su territorio una nube de misioneros protestantes americanos. Estos no consiguieron, como hubieran deseado, inculcar a los chinos una ternura impregnada de reconocimiento hacia Estados Unidos; durante el siglo diecinueve, la expansión americana a través del Pacífico (anexión de Hawai y de las Filipinas) debía, por otro lado, hacer que ese país llevase a cabo, en Asia, la famosa política de la «puerta abierta», que vestía con ropaje altruista intereses únicamente imperialistas.

Dean Acheson, secretario de Estado en la época Truman, comenzó la política obstruccionista. Foster Dulles, era Eisenhower, y Dean Rusk en la etapa Johnson, seguirían ese camino. En adelante los turistas americanos podrán comprar «souvenirs» «made in China» y de sus pasaportes se borrará el «no válido para China»...

Después de Pearl Harbour, Chiang-Kai-Chek, luchando contra el Japón, se presentó a los americanos no sólo como un aliado, sino como un héroe de la misma categoría que Churchill y De Gaulle. El desmoronamiento de su régimen corrompido y el triunfo de la revolución china fueron para ellos una desilusión brutal. Negándose a reconocer al Gobierno revolucionario de Pekín, Truman seguía fiel a la «doctrina» calvinista de Woodrow Wilson. Y la guerra de Corea acabó de transformar una amistad secular —aunque unilateral— en hostilidad profunda y recíproca. McCarthy purgaba el Departamento de Estado y las universidades de los «que habían entregado China a los rojos», mientras que Foster Dulles establecía un «cordón sanitario» a lo largo de las fronteras chinas y ciudaba de que toda la enseñanza referente a China en las escuelas americanas se basase en dos obras: un pequeño libro de historia redactado por la American Legion y un pequeño manual firmado por Edgar Hoover (director del F. B. I.), y titulado «Estudio del comunismo»...

Durante cerca de veinte años, la prensa americana saludaba a

TELON DE BAMBU

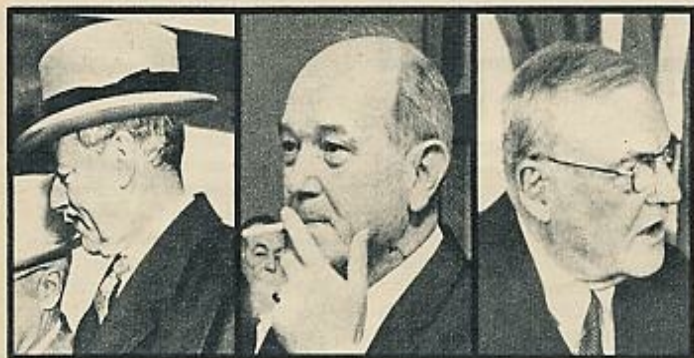
Formosa como «ciudadela del mundo libre» y amenazaba periódicamente con «soltar las riendas a Chiang-Kai-Chek». Traumatizados por el maccarthysmo, los responsables del «Asian Desk» en el Departamento de Estado se encerraban en un prudente inmovilismo.

Las tres tesis

En 1963, John Kennedy quiso levantar un poquitin el «telón de bambú», y permitió a Roger Hillsman, encargado de negocios asiáticos, pronunciar un discurso en el que se evocase la posibilidad

de sus partidarios, ni en Malasia, ni en Indonesia, ni en Birmania, y se había contentado con dar una lección a los indios), no podía representar un peligro real para Estados Unidos: no era, en realidad, más que un enorme país subdesarrollado incapaz de emprender aventuras militares de tipo convencional. Era ya hora de que Estados Unidos renunciase a la política moralizadora heredada de Foster Dulles. Debía, por el contrario, reanudar sus relaciones (primero culturales, después comerciales y, por último, diplomáticas) con China.

Los objetivos de esta política



de un cambio. La muerte de Kennedy dio al traste con tan buenos propósitos, pero, poco después, las ventas colosales de trigo canadiense a China despertaban la codicia de los agricultores americanos. Paralelamente, en Detroit y en Wall Street se veía con envidia cómo los industriales europeos hacían negocio con los chinos.

La disputa chino-soviética, por último, debía hacer estallar los rígidos conceptos que tanto tiempo habían prevalecido en Washington. Un congreso de sinólogos (diplomáticos, militares, políticos, profesores), celebrado en el hotel Hilton, de Nueva York, en la pasada primavera, sirvió para realizar un profundo examen de los problemas que China planteaba a Estados Unidos. Tres fueron las tesis resultantes. La primera, claramente minoritaria, defendida por el profesor Robert Scalopinio (Berkeley University), tomaba al pie de la letra la retórica maoísta, comparaba Mao a Hitler, afirmaba que China «quería exportar» su revolución, etcétera. La segunda, apoyada por la inmensa mayoría de los participantes, estimaba que China, tan prudente en sus acciones como intransigente en sus declaraciones (no había intervenido en ayu-

eran así definidos: «contención, sí; aislamiento, no».

El senador Edward Kennedy, partidario de esta tesis, se mostraba, por otra parte, de acuerdo con el profesor John Fairbank, quien estima que para 1980, el Gobierno de Pekín habrá abandonado los métodos de Mao-Tsé-Tung y habrá adoptado una línea de conducta más moderada para hacer frente a las necesidades de una población de mil millones.

Una política triangular

Una tercera tesis, más lúcida, aunque minoritaria, era sostenida por el profesor Morgenthau y por David Mazingo, de la Rand Corporation: según esta tesis, China sería de todos modos la potencia dominante en Asia, pero no por razones militares, y los Estados Unidos debían aprovecharse de esto; la teoría del dominio era aberrante, porque las revoluciones en Asia se producían como consecuencia de las condiciones locales y no por subversión teleguiada desde Pekín. Además, el feroz nacionalismo de los países limítrofes (ejemplos: Corea y Vietnam del Norte, que no son en absoluto «satélites») constituía la mejor barrera contra las



20 de enero: En Varsovia se reanudan las conversaciones chino-americanas. Hace ya un año que el consejero Henry Kissinger recomendó a Nixon que declarase «desear la reanudación de un auténtico diálogo con China». Se abría así la posibilidad de una política triangular...

veleidades imperialistas de China.

Esta concepción se le antoja demasiado «audaz» al Departamento de Estado y al «New York Times». Pero el hecho de que un senador tan reaccionario como Russell (Georgia) haya podido decir recientemente: «Estoy a favor del establecimiento de relaciones diplomáticas con China», y el que el anuncio de la reanudación de los encuentros en Varsovia no haya provocado las habituales protestas airadas del «China Lobby», demuestra que en Estados Unidos se está produciendo un deshielo.

Henry Kissinger había aconsejado a Nixon, hace ya un año, que declarase «desear la reanudación de un auténtico diálogo con China». También le había aconsejado la escalada de Bucarest. El año pasado, el Consejo Nacional de Seguridad había procedido a un examen de las prioridades que debían inspirar a la estrategia americana. Sus conclusiones habían sido:

1. Que la zona de influencia militar, económica y jurídica de Estados Unidos era demasiado extensa.
2. Que la disputa chino-soviética era profunda y duradera.
3. Que el Gobierno americano debía consagrar una parte más importante de sus recursos a la solución de los problemas internos.

El informe recomendaba que se renunciase al sueño de un dominio mundial soviético-americano (para el que los dirigentes soviéticos, prisioneros de una ideología anticuada, no están aún maduros) y que se emprendiese una política triangular más complicada, pero, al mismo tiempo, más móvil.

Los cinco principios

Otra conclusión, que no se evoca públicamente, pero que forma el núcleo del famoso plan de Ni-

xon para poner fin al conflicto vietnamita: su solución pasa por Pekín (del mismo modo que se hizo precisa la participación china en los acuerdos de Ginebra en 1954). Si la conferencia vietnamita de París está como dormida es también porque Washington piensa beneficiarse de las negociaciones de Varsovia para cortar las de Hanoi. En el Departamento de Estado se produjo una agradable sorpresa cuando los chinos propusieron que se celebrase un segundo encuentro en Varsovia el 20 de febrero, un mes, aproximadamente, después del primero. Se había observado con atención que los chinos habían renunciado a su tono agresivo durante el primer encuentro.

Se juzgó, sobre todo, muy interesante la sugerencia que hizo Pekín de una coexistencia pacífica de China y Estados Unidos sobre la base de estos cinco principios:

- 1) Respeto de la soberanía y de la integridad territorial; 2) fin de la política de agresiones y de amenazas; 3) no intervención en los asuntos internos; 4) proclamación de igualdad de todas las razas, y 5) de todos los países, grandes y pequeños.

Si los chinos se contentan con redefinir estos principios de manera general, sin tratar de aplicarlos de forma inmediata al problema de Formosa (cuya solución sería aplazada indefinidamente), se abriría el camino para una rápida aproximación de los dos países. Podría incluso ser tomado en consideración un *nilhil obstat* americano a la admisión de la China Popular en el curso de la próxima XXV Asamblea General de la O. N. U. Pareció que tanto en Washington como en Pekín están haciendo caso del sabio y viejo proverbio chino, según el cual no es aconsejable tratar de pescar dos peces al mismo tiempo. ■ LOUIS WIZNITZER. Fotos: CIFRA Y ARCHIVO.